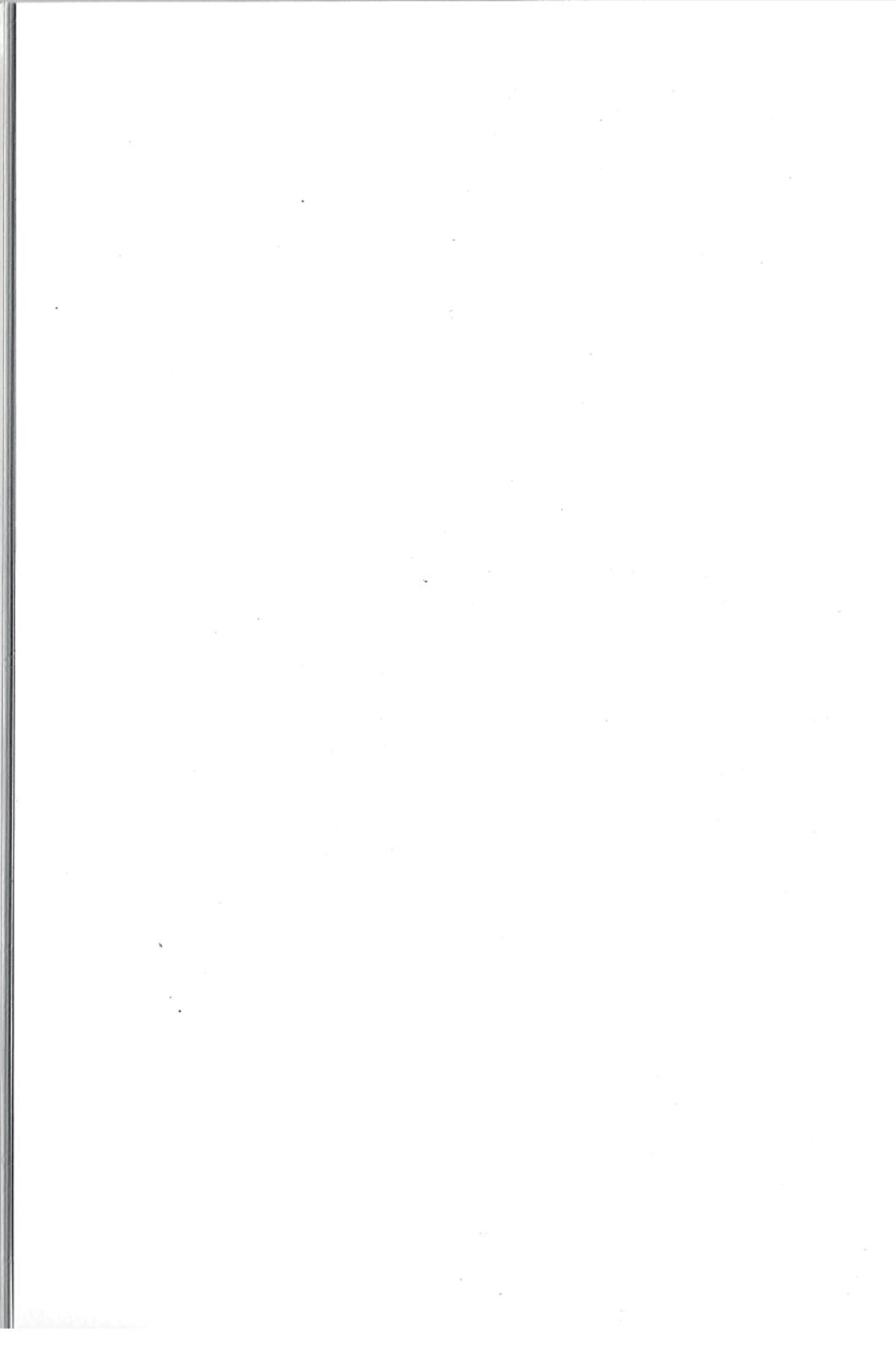


Cuaderno incompleto chileno

Empieza con un batallón de artillería
tallado sobre la superficie de las rocas
en un domingo temprano donde era bueno buscarse.
Porque nos viene de lejos la costumbre del mataolas,
de cubrirse la cara con arena, formando
una máscara opaca para la soledad intempestiva
que representa al mar y sus variantes.
Yo tenía un cuaderno marrón espiralado
donde hacía dibujos y anotaba alguna idea.
Y por donde caminaba sin pensar en nada,
el viento hendía las rayas de mi cantimplora.
Por las noches daba vueltas con los ojos cerrados,
iba adentrándome dentro de esa propuesta,
con un rumor de boya que se hunde entre dos aguas.
Era de madera el resonar celeste
que mojaba con espuma el muelle solo.
Si algo avanzaba era por un encadenamiento;
las hojas anteriores están perdidas.



Hoja de fotocopia

La remera se desdibujaba sobre el pecho opulento;
su corazón estaba contenido entre la respiración
y el pulso que nos agobiaba.
Mirábamos hacia atrás y en las casas el vapor
formaba unas figuras desiguales,
que se quedaban temblando con el viento.
Con la llegada del verano comenzaron nuestros paseos.
Una rara magia desenvolvía el rumor de esos meses,
verdes con ralladuras, entre los moldes de la mente.
Los días tejían una incisión de luz y se quedaban
enganchados a unas cañas más leves.
La plaza nos turbaba con sus gradas de cemento,
adonde iban las orquestas a tocar antes de que nacióramos.
Yo había agarrado unas tijeras para recortar ligustros,
de las que usaban los jardineros municipales
a quienes veía trabajar con los ojos cerrados por la claridad.
Entre el aburrimiento y el calor fuimos
volviéndonos hacia la indolencia.
La mañana era celeste, la tarde seguro sería igual.
El amor se abría como un capullo;
el sexo sombreaba nuestra edad.